Documentos
CiDESD
32
Junio/2022

Año tras año: El desarrollo de la apariencia

Lluís Casanovas
Director

El enfoque dominante del desarrollo en América Latina podríamos decir, de manera abreviada, que ha vivido procesos desiguales correspondientes a las conceptualizaciones teóricas de cada momento histórico desde la segunda mitad del siglo XIX. Enmarcados en las teorías de crecimiento y desarrollismo, cuatro modelos han caracterizado las etapas del desarrollo hacia la anhelada modernización: Exportación Primaria; Industrialización por Sustitución de Importaciones; el Modelo Neoliberal con su teoría monetarista y el Neodesarrollismo o post-neoliberal. En los distintos países de la Región y en los distintos territorios se fueron implementando de forma no simultánea, pero de una manera lineal y uniforme con resultados muy desiguales y, particularmente, en los últimos treinta años con no pocos efectos catastróficos.

En la ciudad de Cartagena, si se observa la historia, el discurso y el recorrido del desarrollo local -promovido por las élites y con significativa ausencia de participación democrática- han estado impregnados de una mentalidad desarrollista lineal con ansiedad por alcanzar la modernización y abandonar un supuesto subdesarrollo. Expectativa legítima que, a la luz de los resultados, pese a tumbar una parte de la muralla, no solo no se ha logrado, sino que tiene muy poco que mostrar como ejemplo de un desarrollo territorial urbano más humano y digno para todas y todos, así como logro de un desarrollo económico, cultural y ecológicamente sustentable.

El desarrollo local de la ciudad, promovido año tras año, configura una estructura societal asimétrica y desigual que sólo permite que puedan ejercer y disfrutar del Derecho a una Vida Digna quienes poseen un determinado nivel de riqueza y poder. Constituye en sí mismo un escándalo ético y es un modelo intrínsecamente inhumano.

Asimismo, desde la teoría del desarrollo, es una falacia y un andamiaje de un mero modelo económico –extractivo en diversas modalidades- cuyo discurso, se ha centrado en una supuesta preocupación de alcanzar unas metas de bienestar colectivas que lejos de cumplirse se han correlacionado, con una dinámica desproporcionada de riqueza-abundancia frente a pobreza-miseria. Reflejándose, pese al transcurso del tiempo, en un deterioro de la vida para una amplia capa de la población, particularmente afrodescendiente, y expresada en el aumento de la marginalidad, discriminaciones, desigualdades y carencias.

Son realidades que condenan a muchxs ciudadanxs al sufrimiento cotidiano, a ser humillados, estigmatizados e incluso a culpabilizarse de su situación. Realidades que obstaculizan la reproducción ampliada de la vida a un importante número de hombres y mujeres. Realidades que impiden la universalización e historización de los Derechos Humanos.

La producción de las desigualdades: inequidad estructural

El modelo de desarrollo impulsado en la ciudad, tan desordenado como trasnochado, va de la mano, en la gestión urbana, de un urbanismo neoliberal que ha destruido el tejido urbano y fortalecido una sociedad individualista dando sus frutos en clave de *precariedad* 'urbana' y desigualdades escandalosas.

El espacio público transformado, día a día, surge de los intereses y necesidades de las mismas élites que promueven el modelo de "desarrollo". La construcción social del espacio público como lugar de identidad, encuentro, interacción social y manifestación de la memoria histórica se transforma en espacio de desposesión, privatización (y no precisamente de los vendedores ambulantes), consumo y reproducción del capital fomentando la segregación espacial, la diferenciación y la desigualdad social.

En el modelo de desarrollo de la ciudad subyace un orden fundamentado en la inequidad estructural (económica, de género y étnica) y en una discriminación subjetiva de negar al otro, donde se pone en evidencia cómo las condiciones de pobreza humanas y territoriales producen riqueza para pocos, benefician a los capitales y se acumula un crecimiento monetario sin generar condiciones de vida digna a una gran mayoría de la población.

Sin duda, se piensa que las ganancias de unos pocos son buenas para todos. Con certeza lo es para unos determinados inversores y élites, mientras una gran mayoría de trabajadorxs no aumentan sus ingresos y no son suficientes para salir de la pobreza. Es un arquetipo a escala del modelo de desarrollo inmoral que se promueve con absoluta indolencia y ausencia de responsabilidad hacia las futuras generaciones.

La centralidad en el crecimiento económico y su solapada "teoría del derrame", como hoja de ruta de la modernización de la ciudad, -exacerbada en los últimos veinte años- que ha conducido a una ciudad adoquinada en la desigualdad, fragmentada socialmente, segregada territorialmente y, en definitiva, con más exclusiones objetivas y subjetivas.

El panorama de precariedad y *tugurización* se describe reiterativamente, con lamentaciones e indignaciones, por mil y una pluma, -tanto de locales como nacionales-. Se torna incluso, de tiempo en tiempo, en un tema mediático bajo el ejercicio de informar (con la tradicional euforia de primicia periodística) poniendo de manifiesto lo más que consabido y consolidado. Tiende más a ser un ejercicio de rasgarse las vestiduras en público con expresiones de dolor y lamentaciones, que un análisis donde se considere que la producción y reproducción de la pobreza es determinada por las condiciones políticas, económicas, sociales y éticas que la favorecen. Se evita mencionar qué es el resultado de la acción concreta de agentes y procesos concretos que se dan en los contextos históricos y a largo plazo[1] en la ciudad. Jamás se reconoce la responsabilidad de quienes fomentan la avaricia financiera. Y mientras tanto, se incorpora como parte del paisaje de un modo natural y habitual, y se va construyendo, siguiendo la denominada *cartografía de lo sobrante*, la marginalidad, la segregación, y la periferia.

El modelo promovido, año tras año, no sólo no erradica las pobrezas y las desigualdades, sino que las naturaliza, las reproduce y las moderniza[2] con una significativa desciudadanización y desestatización. Nada de qué asombrarse. El pretendido y pretencioso propósito de un "desarrollo para todas y todos" y que "nadie se quede atrás" se salda con un rotundo fracaso y la receta del alivio de la pobreza -minimizando los costos de la política social y manteniendo intactas las estructuras de mercado- se convierte en una propuesta incapaz e insostenible en el tiempo para asegurar las aspiraciones de una vida digna a toda la población, garantizar los derechos humanos fundamentales y favorecer la armonía con la cultura y la naturaleza.

Si algo es evidente es que este dominante modelo de crecimiento económico local poca preocupación ha evidenciado por el desarrollo humano y territorial. Su interés

[1] Como muestran Alberto Cimadamore y Antonio D. Cattani
[2] *Iván Illich, en La sociedad desescolarizada (México, 1985).*

por la acumulación y la capacidad competitiva lo aleja, año tras año, de la integración social plena, de la equidad y la sostenibilidad.

El desarrollismo de la apariencia

El desarrollismo y la modernización de la ciudad se acompaña de un componente connatural: la apariencia. Precisamente por la falta de desarrollo humano donde la necesidad social y colectiva ha quedado subordinada al beneficio a cualquier precio. La dinámica de las apariencias basada en los deseos elitistas crea un sistema socioeconómico que impone la desigualdad social, la imagen sobre el ser, lo superfluo sobre lo fundamental, el asistencialismo sobre la solidaridad. Esta dinámica se interioriza en la sociedad, más allá de las élites y se extiende la idea que gran parte de las desigualdades son justas y justificables.

En este sentido, la pobreza reflejada en múltiples ámbitos se constituye en una realidad incomoda, que imposibilita avanzar y afea a la ciudad (¡no queda bien y nos mancha la imagen turística!). Una realidad a la que hay que poner la mayor distancia posible creando barrios periféricos donde se concentren todas las desigualdades, todos los problemas y exclusiones sociales, y todas las estigmatizaciones (peligrosos, delincuentes, flojos, drogadictos, etc.). Un fenómeno que es naturalizado -desde la comprensión evolutiva- y considerado como un "producto residual" a descartar producido por la falta de "méritos" y "retrasos" de las personas afectadas.

Es más, se justifica y fomenta la explicación de la pobreza en la sociedad por la cultura y la propia conducta de los pobres y afrodescendientes; se enfatiza la idea de que las víctimas de la pobreza –¡un 40,4% de la población, según estadísticas!- son responsables de su situación por no esforzarse. Se culpa a lxs pobres de ser pobres. Y, se culpa a lxs pobres del fracaso del propio desarrollado de la ciudad porque condicionan la vida social, económica, cultural y política. No hay nunca responsabilidad en quienes promueven el modelo.

Este panorama de la pobreza obliga a organizar la coexistencia con el deseo y la heterogeneidad del desarrollo. Y, en últimas, el interés de la medición de la pobreza -que está plenamente justificado para poder dar soluciones políticas- es convertir la línea de pobreza –objetiva o subjetiva- en una "tabla de salvación estadística" donde se subestima el drama de la pobreza, la realidad de lxs pobres y el impacto en la vida de la gente. Cada año la pobreza se mide, cada año el indicador es la preocupación y, a su vez, motivo de alegría o de lamentaciones en la medida que se reduce o no suficientemente. El anuncio público de las tasas de pobreza y extrema pobreza adquiere una rutina noticiosa; pero no motiva ningún replanteamiento. El abordaje desde las políticas focalizadas que se implementan

en la ciudad, año tras año para su erradicación, no logra su propósito, aunque reconozcamos la existencia de cierta intención y aspiración. Aunque en el recuento de pobres se sigan creando categorías de pobres, niveles de empobrecimiento, infinidad de variables y relatos multidimensionales. y se reduzcan las cifras y las tasas de pobreza, la mayoría de los pobres no salen de la pobreza. Las desigualdades persisten e, incluso, se profundizan y la precariedad urbana reina, pese a su maquillaje.

¡La apariencia es el tamaño –no se ve más allá del recuento- de pobres! - Y la estrategia del modelo de desarrollo es la invisibilización y marginación. Al menos que no se vea, al menos que no se hable, al menos que quede silenciada. Se requiere de la apariencia para mantener el sueño. Y los sueños, sueños son[3].

Un Desarrollo huérfano de sociedad

Tanto la formulación abstracta del modelo de desarrollo que se sostiene, como la estructuración social y política de la ciudad impiden sistemáticamente la realización de un desarrollo humano inclusivo y equitativo que conlleve la posibilidad de acceder, todas y todos, a los satisfactores de las necesidades fundamentales y que todxs tengan el mismo nivel de satisfactores (Desarrollo a Escala Humana)[4]. Es un modelo que abandona el principio de igualdad social y no promueve la solidaridad social (que no es ni la caridad ni el asistencialismo, sea privado o de políticas públicas). El sentido del modelo llega más lejos y determina el tipo de sociedad desestructurada y frágil existente y que transita de la convivencia hacia la coexistencia, es decir vivir sin vínculos, ignorando o menospreciando al otro.

El bien común se desconoce y su proclamación institucional (en este caso del derecho al desarrollo), como afirmaba Ignacio Ellacuría, se convierte en ideologización cuando *se propugna abstractamente un bien común sin que se pongan las condiciones materiales para su realización*[5]. El modelo de desarrollo dominante de la ciudad y sus políticas no han logrado ni permiten la historización del Derecho al Desarrollo, y en su jerarquía, el Derecho a una Vida Digna para toda la ciudadanía.

En este contexto, recordando a Eduardo Galeano, podemos decir que *la pobreza se ha desvinculado de la injusticia*; en relación al promovido desarrollo local podemos afirmar que se desentiende y atropella el imperativo ético de la dignidad humana. Año tras año, su meta es el crecimiento económico y lo consigue -aunque

[3] Pedro *Calderón de la Barca*, La vida es *sueño* (1635)
[4] Manfred A. Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn. en Desarrollo a Escala Humana Ed.1986
[5] Ignacio Ellacuría "Historización del bien común y de los Derechos Humanos en una sociedad dividida", 2001

sea languideciendo-; pero paradójicamente, año tras año, no deja de estar abocado a una indignidad de destino que afecta a una gran mayoría de mujeres y hombres que residen en la ciudad. Año tras año, deja signos de destrucción que deterioran la vida humana y condicionan el futuro para las nuevas generaciones. Año tras año, es un proceso que reduce la viabilidad social y una vida digna, plena y saludable para todos y todas.

Debiera ser evidente que algo no se está haciendo bien; o que hay algún error de concepción. Porque parece bastante obvio que no puede alcanzarse un estado de verdadero desarrollo de las personas y de la sociedad si no se garantiza la vida digna a todas las personas. En este modelo de desarrollo local centrado en la acumulación y en el mercado la preocupación preferencial por la integración social –objetiva y subjetiva- de todas y todos no se contempla.

Bajo este influjo las consecuencias no se reducen a la pobreza y a una degradación de la democracia social, sino que asistimos a un debilitamiento de la vida social. Todas ellas suman y conducen a una profunda desintegración del vínculo social y a una sociedad fragmentada donde los grupos sociales y los propixs ciudadanxs van interiorizando “el no tener nada en común” con sus semejantes en la sociedad que conviven. Año tras año, se va instalando una pérdida de sentido colectivo y de confianza en las relaciones y va profundizándose el escepticismo y la incredulidad en una sociedad y en unas instituciones que no son justas y dan la espalda a los problemas de la ciudadanía (no sólo a una gran mayoría que vive en la pobreza y supervivencia diaria).

El hecho de que se persista en este modelo de desarrollo ha ido conformando un tipo de sociedad debilitada y una democracia deslegitimada. Ni amplía la democracia ni construye sociabilidad. Sobran lamentaciones y falta mayor autocrítica ante la irracionalidad y la ausencia del imperativo ético. El desarrollo humano y social como meta política y éticamente deseable no es posible sin el principio de igualdad -elemento consustancial del desarrollo-. Y, en palabras de François Dubet, *para que el principio de igualdad llegue a constituir una voluntad de igualdad social, debe asociarse a un sentimiento de solidaridad y fraternidad.*

Sin solidaridad social no hay igualdad

Si se desea erradicar la pobreza y reducir las desigualdades en la ciudad se hace necesario repensar el modelo de desarrollo local que se está impulsando. Lejos de escandalizarnos o de añoranzas del pasado (tiempos ’pasados’ *fueron mejores)* es irrenunciable incorporar la solidaridad social.

El mercado es incapaz de reducir las desigualdades sociales y de construir sociabilidad. No es posible alcanzar una reducción de la pobreza a gran escala sin un marco institucional distinto que se pregunte por las condiciones materiales efectivas requeridas para la apropiación y usufructo por parte de los ciudadanos y ciudadanas de los bienes del desarrollo y de sus derechos.

Asimismo, no se puede lograr un desarrollo humano y social sin llevar a la práctica políticas activas de solidaridad social orientadas -más allá del ámbito económico y de la visión monetarista- a buscar la integración social plena, el sentido colectivo y el bien común. De la misma manera, la solidaridad, redistribución de la riqueza, reequilibrio territorial y urbano y armonía con la naturaleza se deben materializar en políticas e instrumentos de planificación urbana justa y sostenible, si realmente se desea una vida digna, saludable y armónica entre los seres humanos y la naturaleza.

Tal vez se podría hacer silencio y abandonar los golpes de pecho mediáticos ante las desigualdades y condiciones de vida infrahumana a los que están expuestos niños y niñas, hombres y mujeres en la ciudad porque lxs pobres seguirán estando ahí y volverán a ser un elemento más del paisaje que debemos invisibilizar. Los debates, las declaraciones, los slogans son estériles ante una realidad que no es fruto de la fatalidad y que diariamente niega la dignidad, la vida decente y las opciones fundamentales del desarrollo humano y social. Lo razonable y ético es reconocer que es tiempo de romper la indolencia y actuar y concretar un modelo de desarrollo local que dé garantías a la vida humana, que recree los sentimientos de sociabilidad y que se centre en el proyecto común y en construir el ideal de una sociedad más integrada.